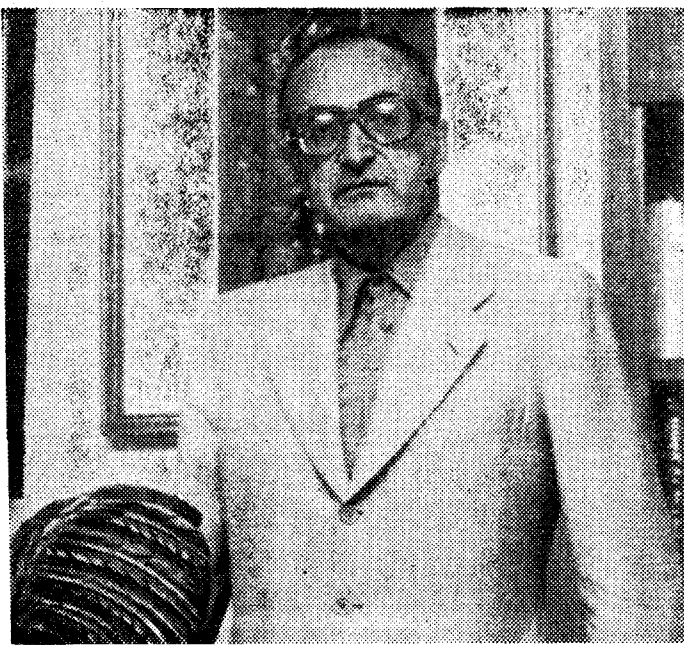




ENTREVISTAS DE LA SEMANA

1 EMILIO ROMERO 2 CALVO SERER



SOY UN PRODUCTO DE MI GENERACION

EMILIO Romero y Rafael Calvo Serer, son dos personajes sustanciales y diferenciados en el panorama político de estos últimos tiempos. La crisis y el nuevo Gobierno son objetos de opiniones enfrentadas de nuestros entrevistados. Calvo Serer aboga por el pacto con la oposición, con esa oposición que se ve marginada. Mientras Emilio Romero habla de la prensa, una prensa que a falta de información veraz y libre se nutre de rumores. No es la primera, ni será la última vez que estos dos hombres se encuentran. Los dos son observadores de excepción, los dos políticos, escribe "Gentes".

Al fondo, el futuro democrático, y ahora, las alternativas y las luchas políticas. "Gentes", en su último número, publica sendas entrevistas con estos personajes, firmadas por Rafael Heredia, con fotos de Jesús Nuño. A ellas pertenecen los textos que reproducimos.

—¿Qué te parece este Gobierno recién nacido?

—Un Gobierno de antecala.

—¿Crees que hará bien la reforma, el referéndum y las elecciones?

—Es mucho caldo para tan poco pollo.

—¿Qué hacer entonces?

—Buscar pollos como refuerzo, estén donde estén situados.

—Eres amigo de Adolfo Suárez?

—Lo he sido hace muchos años. Tiene una gran virtud política: que es distraído con sus amigos.

—¿Cuál sería su reforma?

—Tres Cámaras: una de intereses, individuos, territorios, fuerzas sociales, profesionales y económicas para hacer las leyes. Otra, políticamente específica, para el control del poder en las grandes líneas, la tercera, económico-social, para el pacto de las fuerzas del capital y del trabajo, y hacer la mesa redonda y la planificación. Por supuesto, en todas ellas, el sufragio universal. El Gobierno haría obligatoriamente de la segunda Cámara.

—¿Cuál es tu punto de vista como periodista y como político de la actual reforma política y sindical?

—El proyecto de reforma no me parece satisfactorio. Si se instala una democracia hay que hacerlo con sinceridad y plenitud; únicamente podría objetar a eso que tampoco me haría feliz una democracia antigua, que es un poco la dialéctica que estoy observando en muchos de los que postulan la restauración democrática. A mí me parece que no es este tiempo de restauracionismo republicano de los años treinta y uno, con los mismos con que se derribó la dictadura de Primo de Rivera. Han pasado tantas cosas desde entonces, que la dialéctica de reforma o de la democracia tiene que digerir la sociedad tecnológica que tenemos delante, las gentes nuevas, la experiencia política, la crisis o mutaciones de ciertas ideologías. Hay que hacer la democracia que corresponde a las postrimerías de este siglo.

—Esa democracia "moderna", ¿es la misma de que habló Adolfo Suárez en su discurso en las Cortes, cuando se aprobó la Ley de Asociaciones Políticas?

—Adolfo Suárez defendía la reforma que hizo el Gobierno Arias y que a mí me parece insatisfactoria y decepcionante. No entiendo, por supuesto, la necesidad de la existencia del Senado y tampoco estoy de acuerdo en que tenga senadores el Consejo Nacional del Movimiento en su totalidad, según dice la reforma, no debe sobrevivir una parte de consejeros de ese Consejo, ni tampoco el Jefe del Estado nombrar digitalmente a senadores.

—En una entrevista que te hicieron aproximadamente hace un par de meses en el diario "El Sol", de México, y que aquí no llegó, por cierto, tú decías que habías sido socialista siempre y que habías continuado aquí por servir al socialismo.

—La idea no es exactamente esa, pero quiero explicarla y razonarla bien. Yo soy un producto de mi generación, que tenía una conciencia social verdadera, porque cuando uno era universitario, el país estaba ocupado por quinientas familias, la renta "per cápita" era de doscientos dólares, la

agricultura, rudimentaria; el país estaba atrasado, y entonces lo que uno pensaba es que tenía que nacer una fuerza, desde alguna parte, superior a la comunidad, que era el Estado, para socializar aquí cosas. Entonces, según ese punto de vista, yo tenía una conciencia social o socialista. Hay cosas que sería muy largo enumerar, pero que cualquier día puedo hacer con más tiempo. He creído y creo firmemente que en una España de fuerte influencia de la derecha y del capital, algunos como yo y otros hemos representado la moderación a los

excesos y hemos defendido las causas obreras o sociales. Podría ofrecer muchos testimonios. No he tenido una vida sosegada y tranquila precisamente por eso, porque si hubiera sido un mero lucratario de la clase dominante, hubiera estado siempre tranquilo, pero, por ejemplo, en el Congreso Social de la Tierra de Sevilla cuando hicimos abandonar el salón de actos al general Quiroga de Llano, que era defensor de la oligarquía económica de aquella ciudad, yo fui expulsado por mis críticas en defensa de los obreros del campo, y podría citar testimonios innumerables que se hacían en un momento de muchísimo riesgo, porque ahora los socialistas de alusión, aquellos que pueden decir lo que quieren en estos momentos y no pasa nada, no tienen acreditado su valor, cuando había que acreditarlo y defender esos intereses era en situaciones difíciles y arriesgadas, como yo. Por lo tanto, no he abjurado en ningún caso de mi conciencia social o socialista, como se quiera; no he militado en sus partidos históricos o clandestinos, pero creo que

he defendido con bastante eficacia los intereses obreros y sociales en estos últimos años.

—¿Te sientes entonces más cerca de las izquierdas que se están agrupando en Coordinación Democrática o sigues teniendo tu idea de socialismo como antes?

—En cuanto a la libertad, no tengo prejuicios, porque soy un escritor, y los escritores amamos la libertad, porque es el elemento capital de nuestro oficio, y si tengo una cabeza social, o socializada, o socialista, o como se quiera, lógicamente he de estar más cerca de la izquierda que de la derecha, pero no quisiera estar de manera coral, solamente llevado hasta ella por emociones y oportunismos. Tengo experiencia histórica y me gustaría que la izquierda española tuviera grandeza y no fuera mínima, que no tuviera triunfalismo de resucitados, sino que pensara que éste es un país que necesita la colaboración de todos y de que sus posiciones serán muy interesantes, porque la izquierda, en el pasado, no tiene más que números rojos. Durante la República no fue

ejemplar, como tampoco lo fue la derecha.

—¿Crees que será posible la "ruptura pacífica" a la que aspira Coordinación Democrática y que es necesario ese período constituyente que ellos hablan?

—Yo creo que son problemas más bien sentimentales que prácticos. Somos un país —y lo digo diciendo— políticamente inmaduro, y por ello se está creando una dialéctica entre reforma para la continuidad o ruptura para el proceso constituyente. Entonces, ¿qué lo mismo da la reforma que la ruptura, si la reforma siempre, si es profunda, es una ruptura con el pasado? ¿no será mejor que la izquierda se incorpore, poniendo más niveles a la reforma y no haciendo imposible el diálogo? ¿no es mucho mejor que aceptaran una reforma más profunda que la de los reformistas para llegar en un plazo más o menos próximo a una constitución más real para la vida española, sin tener que violentar conciencias o antagonizar grupos o personas? Por el camino de esta dialéctica, o proceso constituyente, o reforma en la continuidad,

si no se es transigente desde cada sitio, vamos, inevitablemente, al enfrentamiento.

—¿Cómo ves tú, periodista, que tanto ha escrito de política y que la conoce muy bien, a la Ley de Asociaciones Políticas? ¿Es un modo de comentar a unos grupos o realmente es un paso a los partidos políticos reales, reconociéndolos todos?

—El tratamiento de la democracia no se hace a través de otra cosa más que de los partidos, por lo tanto eso es inevitable, y ya dije en una conferencia hace dos años que las asociaciones políticas eran partidos políticos con gaseosa. Vamos a quitarle la gaseosa y después una ley electoral que haga imposible que el país se fraccione o se atomice demasiado, porque entonces no habrá manera de gobernar. De la misma forma que en los países más progresivos de Occidente como Inglaterra y Alemania y ahora Italia, que acaba de polarizar en dos grandes grupos las ideas políticas, España merece una ley electoral que no admita al juego político a otras fuerzas que no sobrepasen nunca las tres o cuatro, porque de otro

modo es imposible convivir.

—¿En este juego de partidos políticos terminarán reconociendo al Partido Comunista o lo dejarán en la ilegalidad, como está ahora, con lo que sus fuerzas se redoblarán?

—Yo creo que es un problema este de si autorizan o no al Partido Comunista que no tiene sentido; lo que sí es absolutamente necesario es que se establezca un terreno de juego, acotado por la Ley. En cuanto al Estado, en su reforma de la Constitución, establezca las condiciones para jugar en la legalidad, todos los partidos deben ser admitidos y aquel que la sobrepase se enfrentará con la ley y con la autoridad. No soy partidario de las exclusiones previas a nadie.

—¿Toda esta reforma no poco de cara al extranjero, para entrar en las mesas de negociaciones europeas?

—Ha habido, por una parte, cierto aldeanismo, que siempre tiene la política española en algunos personajes de segunda clase, y, por otra parte, la responsabilidad de algunos, que han pensado que esto no es una isla donde debamos permanecer aislados y hay que conectar con Europa. Yo tengo que decir, desde fuera, donde estoy ahora, no demasiado dentro, pero como espectador que ve con alguna serenidad y objetividad lo que pasa, que hay dos maneras de entrar en este supuesto: una, inteligentemente, a la manera de José María de Arelliza, que ha visto la necesidad de incorporarnos a la relación internacional, y otra, la de aquellos políticos que, solamente por enseñar su euro-peísmo, piensan que así son más democráticos o más europeos, o más modernos.

—Al cambiar las Cortes y convertirse en dos Cámaras y desaparecer el Consejo Nacional, Emilio Romero, al no poder ser consejero nacional del Movimiento, ¿qué hará?

—Consejero nacional no podré ser, porque desaparece, pero tampoco quiero ser senador. Me parece una palabra muy antigua. Pienso en estos momentos —no sé lo que pasará de aquí a un año— presentarme a diputado por mi provincia, que es la que me ha llevado siempre a las Cámaras, porque yo no he sido un miembro de las Cámaras digital, sino por elección, aunque el cuerpo electoral fuera reducido, aunque de alguna manera estuviera influenciado por el poder, pero en cualquier caso, yo he sido un sujeto electoral que he cuidado, por otra parte, la provincia a la que he representado y a la que pienso rendir cuentas de mi gestión, y pedir sus votos para el Congreso.

—Dicen que el que dirija "La Jaula" ha sido una equivocación por tu parte, porque tú no eres director de semanarios, sino de periódicos. ¿Qué opinas?

—Pues, efectivamente, la revista es un periodismo enlatado, porque prescinde de la actualidad. Me sorprende y me irrita muchas veces no meter la actualidad en una revista, pero, sin embargo, tiene la ventaja de que en la revista puede ir más pensamiento, más crónica, más glosa que en la prensa diaria, porque el sujeto de la prensa diaria es la noticia; el de la revista es otra cosa, la fotografía, o el comentario, o la glosa.

Hemos dado una vuelta por el país, auscultando grupos y movimientos, reformas y contrarreformas. Y los tiempos cambian, es verdad, y lo que quedan son las obras, los nombres, los discursos. En este pequeño despacho de la calle Hurtado de Mendoza, donde Emilio Romero escribe, piensa, habla por teléfono, dirige la revista "con país dentro", es donde espera, con su gran aliado, el tiempo, a que lo vengán a buscar para que su experiencia política y periodística se meta en el engranaje de una nueva era libre y magnífica, que es la que todos deseamos.

NO ES POSIBLE

LA MARCHA

LA CRISIS LA HAN EFECTUADO UNOS CUANTOS DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA COLABORACIONISTA Y FALANGISTA DE ULTIMA HORA

—¿Se sorprendió, don Rafael, de que nada más llegar a España lo metieran en la cárcel?

En las declaraciones que he hecho durante estos días, yo lo he dicho: mi detención era de prever; por lo tanto, no me ha pillado de sorpresa. Ahora bien, aunque forma parte de un plan, he de decir lo interesante que ha sido mi paso por la prisión y el magnífico trato que en ella he recibido. El día de la detención, como dije entonces un policía o agente de la Brigada Social, no está detenido, sino retenido. La segunda parte es que ir a una cárcel en las condiciones en que fui yo también en una excepción; por lo pronto, para encontrarse a muchos amigos, como Antonio García Trevijano y otros. Llegar a España, irse a Carabanchel y estar unos días rodeado de amigos es sorpresa, pero en el sentido más positivo de la palabra; la parte negativa estaba prevista; es decir, esta llena de contradicciones lapidarias. No hay más que ver, por una parte, las declaraciones, y por otra, la rectificación mínima de las leyes, la tolerancia que está llena de arbitrariedades y a mí me cogió todo este conjunto de contradicciones que los observadores vienen señalando desde fuera y no podía producirme sorpresa ninguna.

—En algún sitio he leído que la detención estaba relacionada con su amigo Carrillo, ¿es verdad?

—No; la detención se debe, fundamentalmente, a la aplicación estricta de la ley. Como estaba diciendo, depende de la autoridad y demuestra que, evidentemente, hay una tolerancia y una arbitrariedad. Tolerancia se está viendo con gente que tiene, según las leyes, unos supuestos delitos y, sin embargo, no se le aplica el castigo. Ahora, en el caso mío, había un supuesto delito y se aplicó. ¿Pero quién es exactamente quien aplica la ley? Como he estado mucho tiempo fuera, no lo sé, y le agradecería mucho que usted me lo dijera o me ayudara a buscarlo.

—Bueno, supongo que el Ministerio encargado del orden del interior... "Cambiarlo el tema, profesor, desde París, donde usted ha vivido y entablado relación con grupos políticos españoles, ¿cómo se ve el panorama actual de España?

—Usted sabe que, durante los últimos meses he permanecido poco en París. Este último año, podría decir que desde la muerte de Franco, he

viajado por Europa, después por América y unos días en México. Por lo tanto, la visión que tengo no es sólo desde París, aunque de allí puedo decir que por razones como la cercanía, por el conjunto de liberación española exiliada y por el interés especial de la política, proceso en la información adversa sobre España. Es interesante la proyección que nuestro país produce en Europa, en centros fundamentales. París, por ejemplo. Yo diría que allí se ve la situación española teniendo en cuenta el contexto de todos estos elementos, desde un lado retrospectivo, pero la oficial, y en este caso me refiero incluso al presidente de la República y, naturalmente, a la unión de las izquierdas, teniendo en cuenta que las izquierdas en Francia son una potencia del país. Parece claro desde el primer momento que Giscard d'Estaing ha tenido un verdadero deseo de ayudar a esta nueva España, pero al mismo tiempo se ha visto que la unión de las izquierdas ha querido defender la causa de la libertad. Sobre esta tensión que se advierte en muchos ambientes franceses, en el Gobierno, en la Asamblea Nacional y en la prensa, se advierte igualmente en la calle. Y, por otra parte, también ha habido reuniones, conferencias, discusiones, emisiones en la radio, en las que esta diversidad de esta contradicción de los dos grandes puntos de vista que hay en España, se han explicado reiteradamente; ahora, yo creo que en su conjunto la tónica y las tendencias generales, como se puede confirmar por la tendencia del Gobierno francés respecto a los vascos y por la propia tradición francesa y la situación concreta de la vida política de Francia, le obliga a que el conjunto sea avalable de la causa democrática española.

—¿Cómo han sido sus contactos con el extranjero, a niveles particulares o como un representante de Coordinación Democrática?

—En este último periodo, cuando se comienza a revisar la Junta Democrática, se creó una delegación exterior; en este sentido logró una relación con los Gobiernos de distintos países, como si fuera una representación legítima de la causa del movimiento democrático. Ahora empieza a ha-

biarse de la oposición, y en el mundo de las democracias, la oposición es el poder posible, viable e inmediato; muchas veces es normal que los Gobiernos estén habituados, en los distintos países, al diálogo con el Gobierno e incluso con la oposición. Ya lo he visto con Giscard en Argelia y también a Mitterrand; ya usted a Estados Unidos y ve que van los jefes de Gobierno con la oposición, entablando diálogo, y cuando estaban en la oposición, solos, también fueron como tales. En este sentido, e idea Junta Democrática, y en nuestro caso concreto en la consecución de logros, tratamos de ser la representación de la democracia. Y para concretar un poco más —y me va a permitir que algunas de estas entrevistas no deba citarlas—, hemos tenido entrevistas con el Gobierno y hasta contra algunos políticos del mismo Gobierno. Usted me ha preguntado contactos oficiales, aunque no públicos, pero sí como representantes de una idea. En Argelia, como dialogantes con Bumediz; en Venezuela, con el presidente... Cuando digo esto es que han sido delegaciones o comisiones... Hemos estado en México, en Rumania, con parlamentarios del Parlamento de Europa, con el Consejo de Europa. Esto podríamos decir que a nivel oficial, pero particular, en Estados Unidos he tenido contactos con los senadores demócratas que representan esta idea en las Cámaras.

—¿NO PRESIONA U.S.A. PARA QUE EL PARTIDO COMUNISTA NO SEA RECONOCIDO?

Tengo que reconocer aquí que Calvo Serer, talento reconocido, periodista que dio el "do de pecho" con un solo artículo, es prácticamente ininteligible. Su voz mediterránea se pasea de tal modo por las vocales, que a veces he oído una corta frase hasta diez veces para poder transcribirlo. Pienso que no es orador, que debería estar metido en las ideas, con o sin cámara, para dictar muchas lecciones al país, y si puede ser, escribir. De este modo no habría lugar a dudas.

Cuando ha hablado de Estados Unidos, potencia que me preocupa mucho, porque creo que es la gran negativa al re-

conocimiento de algún partido que trabaja en la oscuridad de la ilegalidad, le he pedido un alto en el camino.

—¡Vaya, Norteamérica!... A mí me interesa mucho, porque creo, y con ello traduzco el sentir popular. No está presionando Estados Unidos, precisamente para que el Partido Comunista no sea reconocido, aunque haya otras sugerencias importantes que lo aconsejen.

—La política española, desde este punto de vista, la política del Departamento de Estado, la política de la Casa Blanca, no cabe duda que se sitúa en el contexto general de Europa Occidental y es cierto que la política de Kissinger ha sido evidentemente contra la participación de los partidos comunistas y los Gobiernos de la Europa Occidental. Ahora bien, en el caso concreto de España, creo que visto desde Washington, desde el Departamento de Estado, me imagino que el problema con que se encuentran —y hablo de contactos oficiales— es con el problema del Partido Comunista italiano, con las izquierdas francesas, que evidentemente es una causa inmediata, y con el Partido Comunista portugués, que evidentemente es contradictorio con la posición de estos dos partidos, se ha encontrado, visto desde Washington, con las preocupaciones que suscitó Portugal y las preocupaciones latentes en Francia. Por ello no se ve de un modo puramente objetivo, desde el punto de vista español...

—Vamos, que están influyendo para que no sea viable.

—¡Esto es! Es decir, se ve el caso del Partido Comunista español en función de las reprensiones que va a tener el Partido Comunista francés y su peso en la opinión pública francesa. Creo que esto es lo que pesa en Washington, porque si nosotros hoy estamos como en el año cuarenta y cinco en Italia o en Francia, de modo inmediato a ellos no les afecta, ya que lo ven desde el punto de vista de después de la "guerra fría", mientras que en Francia o en Italia las relaciones de tolerancia con el partido eran anteriores a la "guerra fría", pero luego también por sus consecuencias. Pero, de todos modos, lo que sí puedo decir es que he

advertido un cambio desde que se formó la Junta Democrática —y lo he vivido muy de cerca—; pero un cambio real en la actitud de la vida norteamericana con respecto a España y a nuestro Partido Comunista ha sido el que ha dado más pruebas de su separación del stalinismo y partidario de la reforma democrática. Ahí están los testimonios de la política del Partido Comunista, que, a partir de Fraga, reconsidera sus ideas, como el partido de la libertad y la política de reconciliación. Todos están de acuerdo en querer la unidad. Mas también el hecho de que están las pruebas evidentes del giro democrático de las fuerzas comunistas, más cerca de Portugal, de Italia o de Francia, y todo ello creo yo que se está situando en una perspectiva que se va a acentuar con el resultado de las próximas elecciones; creo que también se tomará una actitud diferente con respecto de España.

SIEMPRE HE DICHO QUE FUI DEL OPUS DEI

—Dicen, señor Calvo Serer, que usted fue del Opus, ¿es verdad?

—Dei...

—Bueno, sí del Opus Dei, pero, ¿es verdad que fue?

—No, no fui, soy; siempre lo he dicho.

—¿Y no es ello incompatible con su actuación política, es decir, no coarta las libertades?

—Esoto está clarísimo; el Opus Dei deja una libertad e independencia completas a los que pertenecemos a él. En una institución, cuya finalidad es esencialmente espiritual.

—¿Y no política?

—No puede, no tiene autoridad ni debe ni lo hace intervenir en política.

—¿Qué hay de verdad en la maniobra del Opus a través de los "López"?

—Entiendo que los tecnócratas de Carrero Blanco no tienen nada que hacer. Asignarles un papel de protagonistas en el momento en que el país espera y lucha por la libertad carece de todo sentido. Ellos sí que están atados, y bien atados, al pasado. La democracia es cosa de demócratas y no de tecnócratas autoritarios que ahora quieren ser reformistas. Además, contestando a su pregunta, le puedo decir que, según tengo entendido, la crisis la han ejecutado unos pocos demócrata-cristianos colaboracionistas y falangistas de última hora.